

PRÓXIMO NÚMERO

La hermosa producción sentimental

## LA DIOSA CIEGA

Creación del estimado artista JACK HOLT

**ÉXITO DESCONTADO**

LEA USTED

## EL MUNDO PERDIDO

Publicado en *Los Grandes Films de*  
*La Novela Semanal Cinematográfica*

**ÉXITO ENORME**

¿Tiene usted en su biblioteca

LA VIUDA ALEGRE

EL GRAN DESFILE

MIGUEL STROGOFF o EL CORREO DEL ZAR

y

LA PRINCESA QUE SUPO AMAR,

que han constituido con el

NÚMERO-ALMANAQUE

de *La Novela Semanal Cinematográfica*  
los éxitos más resonantes del  
año 1926?

EL PRIMER ÉXITO DE 1927

será la moderna versión de la famosa  
novela de Xavier de Montépin

## El Coche n.º 13

J. Horta, impresor - Barcelona

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 258

25 cts.



LA HIJA  
DEL CAPITÁN

POR

Leatrice Joy

William Boyd

Robert Edeson

**Filmoteca**  
de Catalunya



SLOANE, Paul

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12  
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 258

## La Hija del Capitán

(EVE'S LEAVES, 1926)

Preciosa película

interpretada por la bella artista LEATRICE JOY,  
secundada por WILLIAM BOYD  
y otros notables actores.

WALTER LONG

Selecciones PRO-DISCO

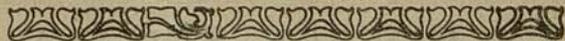
Exclusiva de

JULIO-CESAR, S. A.

Aragón, 316 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
GEORGE K. ARTHUR

Entrevista a Madrid el día 1 de 1928



## LA HIJA DEL CAPITAN

### Argumento de la película

---

La indumentaria es lo de menos para el triunfo de la mujer.

Eva conquistó a Adán sin que una flor ni una hoja realzasen su belleza.

Y la mujer será siempre mujer aunque se vista de hombre, como os demostrará esta novelesca historia que empieza en un puerto de China.

La modesta ciudad de Shang Tung celebra su fiesta anual.

Coincidiendo con las fiestas, el velero mercante americano "Perla" acababa de desembarcar en el pequeño puerto un cargamento de artículos chinos fabricados en California.

El capitán poseía dos cosas igualmente amadas por él: una hija y un barco, pues además de capitán, el viejo marino era propietario del barco que mandaba.

Cuando la descarga terminó, los marineros iban a vestirse las ropas de ciudad, dispuestos a tomar parte en las fiestas que en ella se celebraban, pero hubieron de pasar antes por la desagradable sorpresa de encontrar sus ropas en insospechado estado. ¡Cómo que la mayoría de las prendas, ya íntimas o exteriores, necesitaban ser planchadas de nuevo!

Pues... ¿qué había pasado?

Los perjudicados nos lo van a decir en su reclamación al capitán.

—¿Qué tenéis? — preguntó a sus hombres, éste, el viejo Macey.

La tripulación habíase presentado en pleno ante el jefe supremo del barco agitando las ropas que iba a ponerse pensando encontrarlas tal como las dejara en el último regreso de tierra.

—Tenemos — dijo uno de los marineros, indignado —, que Eva está haciendo otra vez de las suyas. Ha llenado de nudos toda la ropa de la tripulación.

Y uno por uno los marineros fueron mostrando al capitán sus cosas: camisas, pantalones, camisetas, etc.

El capitán, disgustado, contestó, demostrando estar decidido a castigar a la culpable:

—Yo no sé de dónde saca esa chiquilla esas diabólicas ideas, si no ha vivido nunca entre mujeres...

Eva apareció al otro lado de cubierta. Su padre le hizo seña de acercarse, y la mucha-

cha iba a obedecer, sin duda sin importarle el castigo del capitán, pues conocía su rigor para con ella, ciertamente muy poco riguroso...

Eva, la traviesa criatura, era una mujercita encantadora, así, tal como sueña: encantadora. Su padre la guardaba como un ogro guardaría una princesita de ensueño, y a fin de que la presencia de una mujer a bordo no contrastase con el cuadro de hombres, el capitán vistió a su hija como un muchacho, confundíndose su condición de mujer con la de los esforzados tripulantes del barco.

Al llegar a la presencia de su padre, y al ver las caras furiosas de los hombres, por su hazaña, Eva ocultó una sonrisa y aprestóse a disimular.

—¿Qué quieres, papaíto?

—Papaíto, ¿eh? Ya te arreglaré yo, demonio. ¿Por qué molestas a tus compañeros de abordó anudándoles la ropa? ¿Es que se la planchas tú, por ventura?

—No, padre. Por ventura, no. Si se la planchara sería... por desventura.

—Eso es: riete encima. Y, mira, bueno será que lo sepas de una vez: si reincides en tus diabluras, te zurraré delante de todos y a la luz del sol. Y ahora, ¡a mondar patatas!

El castigo no era, en verdad, muy riguroso. Eso de mondar el popular tubérculo es cosa propia de mujeres. Y como al fin y al cabo Eva era lo que era, pues fué lo que le correspondía ser.

El cocinero de abordó y Eva eran excelentes amigos.

El artista culinario, que no por tener muchos años estaba muy entrado en razón, se quemaba los párpados leyendo novelas de amor. En la cocina había muchas cacerolas, pero la mayor de todas era el cocinero, pues en la sesera de éste cabían todas las salsas habidas y por haber en materia de dramas de amor.

Al reunirse Eva al cocinero, que mondaba cebollas a la puerta de la cocina, se puso a la obra, a la suya, mondando con ligereza buen número de patatas.

De pronto, fijándose en el cocinero, Eva le preguntó:

—¿Qué es lo que te hace llorar, Jack? ¿Las cebollas?

—No, hijita, no — repuso el buen hombre mirando a la doncella-muchacho.

—¿Entonces?...

—Mira... Estaba leyendo esta novela... y ha resultado que la protagonista, la simpática heroína, se muere en el último capítulo, cuando más esperanzado estaba yo de asistir a la boda.

—¡Bah! Historias...

—No lo son, Eva, no; pues los amores y las penas van siempre juntos. No lo olvides.

—Si lo dices tú, que sabes tanto de esas cosas... Pero, oye, Jack... ¿cómo se puede saber si una está enamorada?

—¡Ah! Ya empiezas a sentir la curiosidad de saber eso. Bien... bien... Pues es muy sencillo... Lee este librito. Su autor fué un gran amador que sabía todo lo que la ciencia enseña de esa enfermedad antiquísima que llaman amor.



—¿Qué es lo que te hace llorar, Jack? ¿Las cebollas?

Eva tomó el libro que le ofrecía Jack, y leyó en la portada:

*ALMANAQUE DE LOS ENAMORADOS*

Abrió la doncella el sugestivo tomo y detuvo su vista — tan irresistible como toda su

personita — en una página en que figuraba el siguiente capítulo:

*Las vibraciones simpatizantes*

*Las vibraciones de los nervios son la única medida del amor. Un hombre y una mujer no se deben casar si sus vibraciones no armonizan. Para averiguar si está uno enamorado basta ponerse al lado de la persona que se cree amar y esperar un rato. Si vuestro pulso se acelera, vuestro corazón palpita violentamente y vuestro aliento se detiene, es que estáis enamorado.*

Eva, impelida por el deseo de poner a prueba las declaraciones del libro, apartóse de Jack y fué a colocarse al lado de un marinero que estaba limpiando unos respiraderos de cubierta, pero dió la maldita casualidad que, involuntariamente, pisaba la parte limpiada ya, por cuyo motivo el marinero, sin comprender a lo que había ido allí Eva, le arrojó un pincel bañado en barniz, que no dió en su cabeza por pura casualidad, y le iba a arrojar también el bote del barniz, impidiéndoselo el capitán, que pasaba casualmente por allí.

Eva apresuróse a reintegrarse a su puesto al lado del cocinero, a quien no disimuló la sorpresa que le había reservado la demostración de las palabras del almanaque del amor.

—Pues sí que es verdad eso de las vibraciones... Yo no he vibrado al lado de ese bruto

de Miguel... pero lo que es él... ha vibrado tanto que por poco me deja sin vibraciones.

—¿Pero es que, acaso, pensabas enamorarte de ese salvaje? Uno o una no se enamora así como así. Y no lo dudes: la vibración simpaticante es algo maravilloso. Yo tengo 500 volúmenes que tratan del mismo tema. Espera un poco y te convencerás. Voy a traerte mis libros.

Desapareció el cocinero y presentóse ante Eva su padre.

Llegaba en son de guerra. Por algo era capitán.

—¡Eva! Ya estoy harto de ti. ¿Qué nueva locura es la que has hecho con Miguel?

—Papá, no te sulfures... Estaba tratando de medir el amor.

—¡¡Qué!!

—Sí... Sólo quería contar las vibraciones.

—¡¡Vibraciones!!

—Sí, papá. Parece que es cosa infalible. ¿sabes?

—Pero... ¿quién es el besugo que te ha imbuído esas sandeces?

El cocinero se encargó de contestar al viejo Macey reapareciendo sobre cubierta cargado de libros.

El capitán apoderóse de algunos de ellos y leyó sus títulos respectivos. Eran éstos los siguientes:

## LAS TENTACIONES DE LA MUJER COMO SE ENAMORÓ LED ASTRAY

Colérico, el patrón sermoneó al romántico peligroso.

—¿De modo que eres tú, bizcocho pasado, el dueño de esta "interesante" biblioteca? Pues mira lo que hago yo con ella.

El cocinero no osó protestar, y con la rapidez del rayo, el capitán arrojó al agua todos los libros que cayeron en sus manos, y añadió al pobre iluso:

—Si te sorprende otra vez hablando a mi hija de esas necesidades, irás a hacer compañía a tu biblioteca. ¡Ojo, pues!

Eva pudo salvar el almanaque del amor, y al enterarse de ello, el cocinero se alivió un tanto.

Pero no pudieron seguir hablando ella y él, por cuanto el capitán, separando a Eva del buen hombre, le anunció que iría con él a tierra, pues no quería perderla un momento de vista.

¡Ahí era nada que la niña empezase a interesarse por las cosas del amor!

La tripulación fué abandonando paulatinamente el barco, y el capitán y Eva lo hicieron en último lugar, dejando abordo a dos hombres de guardia.

Eva, vestida de azul, cubierta su cabeza con una boina, tenía toda la apariencia de esos barquilleros que vemos por los parques públi-

cos... con la sola diferencia de la calidad de las ropas y finura del rostro.

El capitán cosióse a sus pantalones a la hija traviesa, como vulgarmente se dice, y echó a andar con ella hacia el café del "Gran Dragón", único punto de reunión del pequeño puerto de Shang Tung.

En dicho café se hallaban Ricardo Stanley, un rico turista americano en viaje alrededor del mundo, y su hijo Bill, simpático joven dispuesto a toda clase de aventuras de mar y tierra.

Padre e hijo separáronse, quedando en reunirse en el hotel a las seis de la tarde, y Bill quedóse en el café, del que salió su padre, tropezándose, en la escalerilla de acceso al gran salón, con el viejo Macey, que murmuró al ser empujado.

Eva sonrióse, y, de nuevo, el capitán refunfuñó contra el desconocido.

Al viejo Macey no le llevaban al café otros asuntos que los comerciales. No era amigo de copitas ni de colegas jugadores. El dueño del café era comprador suyo, y se trataba de liquidar las cuentas pendientes.

Sentóse el capitán al lado de Sung Fang, y dijo a Eva:

—Siéntate aquí, guarda silencio, y no te muevas hasta que yo te avise.

Eva echó mano del almanaque de los enamorados para distraerse, y he aquí lo que leyó:

*Para casarse bien es necesario que la mujer haga a su pretendiente las siguientes preguntas:*

*¿Es usted soltero?*

*¿Está usted sano?*

*¿Es usted soberbio?*

*¿Es usted trabajador?*

*¿Es usted honrado?*

*¿Hay algún tísico en su familia?*

Las preguntitas sorprendieron un poco a la muchacha, y para aprendérselas de memoria, las repitió varias veces para sí:

*¿Es usted soltero?*

*¿Está usted sano?*

... ..

*¿Hay algún tísico en su familia?*

Sung Fang sacaba sus cuentas con un numerador, colocando las fichas por orden de cantidades.

Súbitamente, Eva, repitiéndose las preguntas que el libro aconsejaba que debían dirigirse al hombre que se amase, vió, a través de las hileras de fichas del numerador, el rostro de Bill, que comía tranquilamente *solo*, en una mesa de enfrente.

Unas chinitas muy picaronas acababan de guiñarle el ojo a Eva, confundiéndola con un muchacho, y ni qué decir tiene el rubor que encendió sus mejillas la insinuación...

Menos mal que al descubrir a Bill olvidó Eva a las chinas...

Para ver mejor al joven americano, Eva apartó las fichas de las cuentas de Sung Fang, y ello le valió algunas palabras duras de su padre.

—¡ Por Santa Bárbara te prometó que si no estás quieta te disparo un cañonazo!

Y le mostró el puño, que, no teman ustedes, no se hubiese atrevido, por furioso que estuviera, a descargarlo en ella.

Sung Fang volvió a hacer sus cuentas, y aprovechando lo muy ocupado que estaba el viejo Macey en verificar lo que hacía el chino, Eva levantóse de su asiento y acercóse a la mesa de Bill.

Lo que la llevaba al lado del joven y simpático, simpatiquísimo americano, era el afán de hacer, como abordo y en la calle lo hiciera, sorprendiéndola las dos veces su padre, la prueba de lo que aconsejaba el libro; es decir: estar atenta a las vibraciones simpatizantes.

Eva, al hallarse junto al americano, tomóse el pulso para contar las vibraciones.

Bill le saludó sonriente.

—¿Qué hay, pequeño?

Eva inclinó la cabeza para corresponder al saludo, pero sin perder detalle de sus pulsaciones.

Y como a la traviesa muchacha le pareció que vibraba, no titubeó, loca de alegría, en dirigir al joven las preguntas del libro.

—Oiga... ¿Es usted soltero? ¿Está usted sano?

—¿Qué?

—¿Es usted soberbio? ¿Es usted honrado? ¿Es usted trabajador?

—¿Quieres dejarme en paz?

—¿Hay algún tísico en su familia?

—¿Te has vuelto loco?



*Y como a la traviesa muchacha le pareció que vibraba...*

Bill acababa de encender un cigarrillo y, al tirar la cerilla, ésta cayó encima de una silla sobre la que había un periódico y que estaba colocada detrás mismo de Eva, y sucedió que incendióse el periódico y que Eva, al

sentir el calor del fuego extenderse por su cuerpo, creyó sinceramente que eso era cosa del amor, volviéndose loca de contento.

Pero todo ello fué breve, cosa de un instante, porque oyéronse bruscamente gritos de espanto que pusieron en movimiento a todos los clientes del café.

—¡ Sálvese el que pueda! ¡ La banda de "El Tigre Azul" ha invadido el pueblo!

En efecto, Cha-Flan, "El Tigre Azul", un bandido de tierra y mar, terror de las costas de China, había hecho de las suyas en el pueblo y buscaba ahora en el café del "Gran Dragón" el botín representado por las mercancías de los americanos y el dinero de Sung Fang, que no era poco.

Wi-Wi, el lugarteniente de Cha-Flan, era capaz de desayunarse con chuletas de europeos; y Ras-Ras, el verdugo, se servía para comer, del mismo cuchillo con que segaba la vida de sus víctimas.

Los mercenarios del "Tigre Azul" apresaron a cuantos se vieron en la imposibilidad de ponerse en salvo, ya en el pueblo o en el café, y entre ellos contábase el doctor Mecker, un misionero protestante que tenía tanto miedo que no se atrevía siquiera a "protestar".

Las mujeres apresadas eran objeto de mejor trato. "El Tigre Azul" eligió a las más hermosas y renunció al resto.

Bill, atacado, no estaba dispuesto, aun a riesgo de perder la vida, a entregarse, y pe-

leó como un león, sorprendiendo e irritando al "Tigre Azul".

Eva, admirada del valor de Bill, le alentaba con sus gritos de entusiasmo a seguir resistiendo, pero de pronto calló y desapareció del gran salón, empujada por alguien detrás de un biombo cuya tela acababa de romperse al caer ella encima.

Eva, asustada, miró al que la había empujado y vió a su padre.

—Vamos — dijo éste en voz baja.

Y salió con su hija por una puerta falsa.

Bill, ante el número de enemigos, buscó también una huída, y logró burlar a los bandidos.

"El Tigre Azul", indignadísimo, mandó que varias patrullas buscasen al americano, con la orden de que no volvieran sin él.

El capitán Macey, al llegar a su barco, dijo a su segundo:

—Desatraca y apártate de tierra mientras estén los bandidos dueños del pueblo.

—Imposible — respondió el piloto —. Estamos varados por la marea baja.

El viejo capitán hizo una mueca y resignóse a amoldarse a las circunstancias.

Eva, a bordo, pensaba en Bill, y como si éste respondiese al conjuro del recuerdo, apareció a los ojos de ella oculto detrás de unos fardos alineados en el muelle.

El corazón de la doncella amenazó salirse de su cuerpo, y como ella vió también a los per-

seguidores, no titubeó en ir a reunirse con el joven para ofrecerle la salvación.

En un santiamén estuvo Eva junto al americano, que si bien se asustó al oír el rumor de sus pasos y del escalo que hacía de la muralla de los fardos, recobró al momento la calma al ver al "muchacho" del café.

—Vengo a salvarle — díjole ella.

—¿Tú a mí? — preguntó, extrañado e incrédulo, él.

—Sí. Venga.

—¡Chis! No te muevas ni grites. Podrían descubrirnos, y esa gente tiene muy mala sangre.

—Bueno. Me quedaré aquí, a su lado... por si le sucede algo, ayudarle a salir del apuro.

—¿Como en el café... que gritabas lo más alejado posible de mí?

—¿Yo...? No me vió usted bien.

—Bueno... bueno... Cállate o te doy un puñetazo, por embustero.

—¡Oh! ¿Un puñetazo? ¿A mí...?

Bill miró fijamente a Eva y al verle el cutis tan sonrosado y la boca tan fresca y los ojos tan divinos, creyó soñar.

—¿Tú eres chico, o chica? — preguntóle.

—Me llamo Eva — limitóse a decirle ella.

—Ya... ya sospechaba yo que usted era una mujer.

Instantáneamente, Bill cambió el tuteo por un trato más respetuoso, al hallarse delante de una dama, pero maldita la gracia que le hacía la presencia de Eva, pues no era parti-

dario de las aventuras con faldas, por las desagradables sorpresas que reservan muchas veces.

Pero Eva, al descubrir su personalidad, trató de interesar al hombre que a ella le interesaba extraordinariamente, y le dijo:

—Sólo podrá usted salvarse de los bandidos escondiéndose en mi barco.

—¿Yo en su barco? Ya estoy bien aquí. Gracias.

—Bueno... Como usted quiera...

Eva enmudeció un momento, lo cual no dejaba de ser un sacrificio, y luego, como distraídamente, apoderóse de una cuerda que halló a pocos pasos suyos, y dijo a Bill, haciendo varios nudos y mostrándole uno de ellos:

—Este es el nudo de los amantes.

—¿Y a mí qué me cuenta usted? — respondió Bill malhumorado.

Eva, sin tomar en serio el enfado de Bill, continuó, juntando los extremos de la cuerda atada:

—Ahora los amantes se besan.

Y luego, separando dichos extremos:

—Ahora los amantes se separan.

Bill seguía preocupado, y, sin vacilar más, Eva tomó una enérgica resolución ante el desdén de su amado.

—Voy a enseñarle a usted un modo de anudar de los marineros.

—Déjeme en paz, muchacha, que no estoy para bromitas.

—No sea usted tan severo... ¿Qué mal hay en que le enseñe ese modo de anudar tan sencillo y tan práctico?



—Ahora los amantes se separan.

—Bueno, pero dejará usted de importunarme, ¿verdad?

—Sí. ¿Ve usted? He aquí el lazo... el de los amantes, como le llamo yo. Introduzca usted las manos en los dos extremos. Así. Ahora aprieto... aprieto fuerte... y hago otro lazo... con el que quedan atadas las piernas. Y ahora es usted mi prisionero. ¿Qué le parece?

—¡Debí figurármelo! ¡Es usted una loca! ¡Haga el favor de desatarme en seguida, o grito y va usted a saber lo que es bueno!

—Éso es: grite y lo salvajes del "Tigre Azul" vendrán a saludarle. Lo mejor es que se quede usted ahí tranquilamente, esperando que el Destino se encargue de usted como sea.

—¡Desáteme, le he dicho!

—¡Addio, mio caro!

Lo que acababa de hacer Eva no era de su invención. Dos hombres de la tripulación del barco de su padre habían atado y arrojado al agua a uno de los bandidos del "Tigre Azul" que se acercaban al «Perla».

Eva alcanzó a dichos hombres, que seguían vigilando, y les dijo:

—Detrás de esos fardos hay un hombre que ha querido ofenderme. Yo sola lo he atado. Traedlo a bordo.

Los dos hombres obedecieron al momento, y Bill, quieras que no, fué conducido a la bodega del "Perla", sin que el capitán se enterase.

A poco, presentáronse en el barco "El Tigre Azul" y sus jefes con varios soldados. Fué inútil oponerse a que subiesen a bordo.

El bandido encaróse con el capitán.

—Capitán, llevarás a Cha-Flan y sus soldados hasta Mokong en tu barco.

El viejo Macey se resistía a obedecer, y dijo entonces "El Tigre Azul":

—¿No quieres llevar a Cha-Flan? Es igual.

Cha-Flan te llevará a ti, y no repliques si no quieres perder la vida.

Los soldados embarcaron seguidamente, con todo el botín cobrado en el pueblo, sin olvidar al pastor protestante, por el rescate del cual tenía "El Tigre Azul" la intención de pedir una buena suma

El Pastor suplicó al bandido:

—Señor Tigre, no me embarquen ustedes porque me mareo. Prometo pagar mi rescate cuando ustedes vuelvan.

—Sí, ¿verdad, rico, cariño, precioso? ¡Qué listo eres!

Y el Pastor fué encerrado con el resto del botín.

Eva, satisfecha de tener en el barco a Bill, subió a cubierta y tropezóse con "El Tigre Azul", quien, al verle, le dijo examinándole de muy cerca:

—¿Tú eres hombre o mujer?

El capitán, que vió brillar en los ojos del villano la llama del pecado, apresuróse a contestar:

—Es mi hijo.

—Demasiado guapo para que sea hombre — replicó el bandido. Y se alejó.

Eva, asustada, había marchado, y se prometía no volver a presentarse ante aquel salvaje capaz de todas las hazañas... no ocupándose en otra cosa que en procurar que Bill no fuese descubierto.

Y el "Perla" se hizo a la mar, llevando a

bordo a Bill y a los piratas que le habían estado buscando inútilmente.

\*\*

El millonario Ricardo Stanley buscó a su hijo por todas partes, y al fin un chino dióle noticias suyas.



—¿Tú eres hombre o mujer?

—Balco melicano lleva joven melicano.

—Gracias, muchacho. Pero ¿hacia dónde ha partido el barco ese con mi hijo?

—Balco melicano marchado Mokong ochenta millas.

—¡Ah! Iré en su seguimiento, cueste lo que cueste — dijo el atribulado padre. Y arrojando unas monedas a los chinos que le ro-

deaban, alejóse en su automóvil hacia la Comandancia de Marina.

En tanto, el segundo del "Perla" hacía conducir a su presencia a dos marineros que se habían enrolado y se negaban a trabajar, y con ellos a Bill, que, encontrado, tenía que responder del delito de ofensas a Eva.

Uno de los marineros en cuestión, negándose nuevamente a trabajar, fué derribado de un tremendo puñetazo por el segundo.

El otro marinero, en vista de lo expeditivo que era el segundo, renunció a su testarudez y se puso a trabajar en seguida.

Ahora le tocaba el turno a Bill.

—¿Usted es un valiente que ofende a las mujeres y que, además, se niega a trabajar a bordo como castigo? — preguntó el segundo al amado de Eva.

—Sí. Yo soy el que se niega a trabajar... pero no un ofensor de nadie... y menos de la niña boba esa. ¡Vaya con la bromista vestida de muchacho!

—Aquí no grita nadie más que el capitán y yo. ¿Estamos?

—¡Aquí grito yo también, porque tengo razón! Y no me amenace, porque va usted a ver cómo contesto.

El capitán intervino en la cuestión, después de asegurarle Eva que Bill la había ofendido, y dijo al segundo:

—Haz llevar a este señorito a la cala y amárralo al mástil para que no provoque al-

gún conflicto, hasta que volvamos a Shang Tung.

Eva cuidaría de que nada faltase a su amado, y como éste no parecía hacerle el menor caso, recurrió a su amigo el cocinero para contarle sus cuitas y pedirle sus consejos:

—¿Qué te pasa, niña? — díjole el buen hombre.

—¿Sabes que yo he vibrado ya? Pero él, ni vibra ni parece dispuesto a vibrar. Está aquí. Yo le hice conducir a bordo pretextando que me había ofendido.

—¿De modo que estás loca por él?

—¡Loquísima!

—¡Hasta lloras! ¡Caramba! ¡Cómo corres, hija mía!

—No te burles, Jack. ¿Qué podría yo hacer para que él vibrara?

—Muy sencillo, hija mía: tendrás que vestirme de mujer.

—¿De mujer?

—Sí. Mira: en el almanaque hay varios cli-sés de mujeres sugestivas. Copia de ellas. Presentate a tu amado muy guapa y seductora, y verás cómo vibra. El almanaque no falla.

Eva encerróse en su camarote y buscó la manera de vestirse poco más o menos como las mujeres de los grabados del almanaque, que iban casi desnudas. Las cortinas de seda de su cama dieron la solución a la doncella, y gracias a ellas y a una serie de collares y brazaletes que su padre guardaba en

una caja, vistióse de mujer... ¡y qué mujer! Como elegante, no digamos nada; pero como mujer... ¡salve, diosa!... estaba para comérsela... hermosísima de verdad.

Con su libro-consejero apareció sobre cubierta un momento nada más, para bajar a la



*Con su libro-consejero apareció sobre cubierta un momento nada más...*

cala, pero ese instante bastó para que "El Tigre Azul" la viese desde popa.

Eva bajó a la cala, e imitando las posturas

de las mujeres representadas en el libro, evolucionó alrededor de Bill, atado al mástil.

El joven, asombrado, miraba de arriba a abajo a Eva, y cuando ésta se detuvo ante él haciendo gestos de bailarina loca, le dijo, como si tal cosa:

—Bueno... ¿Qué quiere decir todo eso?

—¿Eh? Pero... Parece mentira que usted no lo entienda. Está bien claro en el Almanaque.

Bill echóse a reír, sin dejar de contemplar a Eva, y exclamó:

—¡Lo que me gusta más de usted son las botas! ¡Qué finas son! ¿Va usted a pisar uvas?

—¡Oh! ¿Se burla usted de mí?

"El Tigre Azul" presentóse en aquel momento ante los dos jóvenes, y apoderándose de Eva, en quien reconoció al supuesto hijo del capitán, trató de besarla, codicioso de sus encantos a la vista.

Bill rugió de indignación y logró derribar de una patada al miserable, pero hubiera sido fustigado sin piedad por el látigo de éste de no cubrirle Eva con su cuerpo.

¿Había vibrado ya Bill?

La cosa no estaba clara, porque lo mismo podía haber obrado por amor que por defender, sin interés ninguno, a una mujer atacada.

"El Tigre Azul" iba a apartar a Eva de Bill, pero acudieron el capitán y varios marineros, obligando a aquél a disculparse.

—Estaba jugando con tu hijo, capitán — dijo el villano al viejo Macey, que blandía un revólver.

Eva siguió a su padre, a quien dijo:

—Papá, sólo quería que me viese vestida de señora.

—Ya hablaremos de lo que voy a hacer contigo. Por de pronto, permanecerás encerrada en tu camarote hasta que lleguemos a Mokong, y allí... allá veremos...

Por su lado, "El Tigre Azul" daba órdenes a los suyos, odiando a Bill:

—Esta noche, al llegar a Mokong, secuestraréis a ese señorito americano y a la hija del capitán, y tú, Wi-Wi, me los presentarás en tierra.

Al anoecer, el velero "Perla" fondeaba en Mokong y los bandidos descargaron su botín.

Eva, encerrada en su camarote, estaba custodiada por Jack, el cocinero.

Al enterarse de que habían llegado a Mokong, la doncella dijo a su amigo y consejero:

—Déjame salir, Jack. Debo dar libertad a ese pobre joven.

—No puede ser, niña, no puede ser. Tu padre me dejaría en tierra para siempre.

—No seas malo, Jack. Yo tuve la culpa de que trajeran a ese joven a bordo, pero fué porque le amo.

Jack, apiadado, cerró los ojos, y Eva pudo

salir de su encierro, alcanzando rápidamente a Bill en la sala.

Le libró de sus ligaduras y le dijo:

—Estamos en puerto. Ya puede usted marcharse.

Eva fingía indiferencia, pero sus ojos, al mojarse con lágrimas, la delataron.

Bill vió ese detalle tan elocuente, y preguntóle:

—¿De verdad quiere usted que me vaya?

—Naturalmente... Sálvese... Váyase...

—¿De verdad?

—Claro...

—Pues me voy... Pero... ¿no me da usted el beso de despedida?

Bill estaba seguro — su corazón se lo estaba diciendo — del amor de Eva y también del suyo. Por eso se complacía en atormentarla, para obligarla a confesar cuánto le quería, a pesar de que en aquel momento no estuviese vestida de mujer, sino de muchacho.

Eva acercó sus labios a los de Bill y los besó suavemente.

Y Bill iba a marcharse, pero Eva, pujándole de la corbata, le detuvo... y entonces el amor, un amor fuerte, un amor que hacía llorar a Eva como si tuviera una gran pena, unió los labios de los dos jóvenes.

Pero los bandidos se apoderaron de Bill a viva fuerza, y Eva, que logró ser salvada por su padre, quiso salvar a Bill o estar junto a él, y encerróse en un arca de grandes pro-

porciones, pensando, con razón, que adonde fuese Bill iría el arca.

Y, en efecto, Bill fué conducido al palacio que "El Tigre Azul" tenía en Mokong por habérselo usurpado a un mandarín; y Eva también fué llevada allí, dentro del arca.



*Y Bill iba a marcharse, pero Eva...*

El bandido insultó a Bill, mas éste, en oportuna réplica, le dijo:

—Me tienes a mí, pero no tienes a la hija del capitán, y eso me consuela. Yo sé que pagando un buen rescate me dejarás en libertad.

—¡Silencio! — gritó el bandido, cuyo carácter había tan acertadamente definido Bill

con calma de hombre que sabe que puede pagar buen precio por su vida.

Wi-Wi, desesperado, veíase ya colgando de una cuerda en el jardín del palacio, en castigo de su fracaso, pero he aquí que la casualidad vino en su ayuda: por el arca donde estaba encerrada Eva se asomaba la boina de ésta.

Bill sabía que Eva estaba allí, pues acababa de besarla en el momento en que, derribado en tierra por un empujón del bandido a Wi-Wi, que cayó sobre él, fué a parar junto al arca, oculto de todas las miradas por un cortinaje; y al reconocerle, Eva levantó la tapa y le besó loca de alegría.

"El Tigre Azul" hizo abrir el arca, y al aparecer Eva, dijo Wi-Wi a su jefe, mintiendo astutamente:

—Esta es una sorpresa que te tenía yo preparada, Señor de los Valientes. Ya no me cortarás la cabeza, ¿verdad?

Bill, atado y custodiado por varios soldados, trinaba.

Para vengarse de él, "El Tigre Azul", cegado por la belleza de Eva y envidioso de que ella amase al americano, mandó que le aplicasen un buen castigo, para que no olvidase nunca la consecuencia de la patada que le diera en cierta ocasión.

En cuanto a Eva, ordenó que la engalanasen como prometida suya, y sus órdenes fueron prestamente acatadas.

Entretanto, el padre de Bill había reunido

algunas tropas chinas para perseguir, en Mookong, a los bandidos y rescatar a su hijo.

Subió con algunos soldados a bordo del «Perla», en el que el capitán se lamentaba de la desaparición de su hija y de Bill, y preguntó al viejo Macey:

—Capitán, soy el padre de Bill Stanley. Usted escondió en su barco a mi hijo. ¿Dónde está?

—Señor, yo le explicaré... Pero ahora lo que le interesa es saber que los bandidos se lo llevaron junto con mi hija. Precisamente estábamos pensando en pedir el auxilio de las autoridades.

—Vengan ustedes conmigo. Yo tengo a mi disposición una compañía de soldados.

Lejos estaba el bandido de sospechar que su castigo estaba próximo. Eva, engalanada como novia suya, acaparaba toda su atención.

Para obligarla a acatar sus caprichos, "El Tigre Azul" mostró a Eva la escena del martirio de Bill, y ocultando su cólera, la valerosa joven, fingiendo cariño al villano, le dijo:

—¿Ve usted? Este nudo, hecho con su látigo, significa dos corazones en un solo lazo... Su corazón y el mío...

—¿No me engañas? Mira que si me engañases...

—Déjeme que le enseñe un lazo nuevo, muy curioso. ¿Ve usted? Ahora, pase usted sus manos y verá... Así. ¿No nota usted nada? ¡Ya está! Este otro nudo ata las piernas, y con la coleta de su cabeza de bruto añadida a todo

esto, queda usted para el arrastre. *¡Voilà!*

Tras de eso, Eva libertó a Bill, y antes de que los bandidos pudiesen reaccionar, los padres de los dos jóvenes, con los soldados, en-



—Así. ¿No nota usted nada? ¡Ya está!

traban en el palacio, deteniendo a los ladrones.

Bill, al reunirse con su padre, le dijo, mostrándole a Eva:

—Papá, saluda a tu futura nuera.

—¿Casarte tú con una china? ¡Nunca!

El viejo Macey apartó a su hija de los millonarios, y al decirle ella que quería casarse con Bill, le contestó:

—¿Casarte tú con ese señorito? ¡Nunca!

Los dos suegros no querían ceder, pues eran dos tiranos.

Los hijos, para ocultarse de ellos, metiéronse dentro de sendas ánforas, de gran tamaño, y una de las veces que se asomaron al exterior, para ver si había pasado el peligro, vieron al pastor protestante, escondido también, lleno de miedo, en otra ánfora; y exclamó Bill, no saltando de júbilo porque el ánfora no permitía tanto:

—¡El Cielo nos protege! ¿Señor Pastor, quiere usted casarnos?

—Con mucho gusto.

Y la unión fué un hecho.

Casados ya, los esposos se descubrieron, y dijo Bill a su dulce compañera:

—Eva, mi vida, esta es la primera vez, desde que te conozco, que me veo libre de ligaduras.

Ella rióse y contestó, abrazándole con toda su alma:

—¿Te olvidas, amor mío, del nudo que nos ha echado el cura?

Era verdad... pero aquel nudo era tan suave... que gustoso se dejaba atar Bill para toda la vida.

FIN

-----  
**Lea usted EL MUNDO PERDIDO**

en *Los Grandes Films* de

**LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA**